

Viejo Pinotto por Jorge Isaias

Creo que mi padre pocas veces nos habló del viejo Pinotto.

Y con esto no quiero decir que, cuando lo hizo, hayan sido relatos desenrollados como una madeja, sino comentarios de aquí y de allá, más relativos a su propia infancia que a la vida del Viejo. En algunas oportunidades, mis tías o mi abuela, agregaban algún suceso, alguna palabra, que se sumaban a los hilos sueltos, al entramado lleno de desgarros de una historia deshilvanada.

Nosotros éramos muy jóvenes, casi niños y supongo que por eso no preguntábamos por fechas y apellidos, nacimientos y muertes, trabajos y días cansados. Después de cenar y apenas retirados los platos, cuando mi padre tenía tiempo y ganas, hablaba de cosas y personas que había vivido.

Hoy, debo tener la edad de aquel hombre desconocido para mí, de cuya vida no queda huella y al que debo dibujarle un rostro y una historia que me permita invocarlo.

La pequeña ciudad con mucho de aldea en medio de la Pampa Gringa, con volantas y carros que venían de las colonias a comprar y vender, escondía secretos murmurados, rumores, amistades, rencores y novelas. No todo refulgía como el trigo que cultivaban los campesinos.

Una plaza con retreta rodeada de las únicas calles asfaltadas, la iglesia luterana, austera como salida de una pintura flamenca, y la católica con sus ornamentos y gárgolas y altos campanarios; el hotel pretencioso para viajantes y funcionarios de la Capital de la Provincia. En una esquina, una magnífica confitería que aún recuerdo y dos cines; pero el de la plaza era el más importante con sus carteleras renovadas y en donde mi abuela vio por primera vez el famoso film de la máquina de tren que avanza por la pantalla y parece que embiste al público. Todos salieron gritando, decía, y ella recordaba que corrió como nunca. Pero esa ciudad que aún recuerdo, más o menos con estos detalles, no era la de mi padre niño ni la del Viejo Pinotto.

Era la ciudad de mi memoria recién nacida, no la de aquellos que intento encontrar en las vueltas del olvido.

Me pregunto de qué puerto de Italia habrá venido el Viejo, dejando atrás el corazón, sofocando lágrimas y masticando amarguras, sin volverse para no ver a los que habían quedado agitando manos, apenas. Qué habrá cargado en su pobre valija atada con un cordel, además del odio y la desesperanza de los hombres sin pan, y cómo llegó a estos lugares. Oleadas de desheredados con sus manos por toda herramienta desembarcando en Santa Fe que era “el Dorado de los hombres pobres,” como dijo alguien cuyo nombre no me acuerdo. Lo veo, lo quiero ver cantando con las muchachas en flor quel mazzolin di fiori acompañado con la armónica tan triste siempre o marchando con i compagni a la trilla en donde los esperaba, después del levante, el asado y las jarras panzonas del clericó; cuando flota ese olor a menta y a ruda macho en el aire y el sol cae, con desgano.

Me duele Pinotto y me duele ese tiempo que no se detiene, que no se detuvo ni para él ni para mí, porque lastima recuerdos y quiebra nostalgias.

A principios del siglo mi abuelo era un comerciante próspero, nieto de inmigrantes, con muchos hijos y dos esposas, sucesivas claro. La segunda de ellas fue mi abuela.

El negocio de vinos y licores mayorista ocupaba un cuarto de manzana cercano a las vías del ferrocarril para recibir los envíos directamente de Mendoza, con sus cuadras y caballerizas, sus carros y los almacenes en donde se guardaban toneles, damajuanas y botellas. De la casa contigua, la casa grande, guardo fotos, relatos y vagos recuerdos de una niñez temprana en donde algunos se confunden con imaginaciones y cuentos que me estoy contando.

Hoy ya nadie puede aliviar mis confusiones y poner luz en este escrito, que es más un ejercicio de invenciones que una historia verdadera.

La casa grande que yo conocí ya dividida, conservaba un gran patio y una huerta de limoneros y naranjos que se codeaban con una morera añosa, un níspero alto y un granado. Desde entonces no puedo morder un níspero sin que su gusto áspero me recuerde las siestas del verano en esa huerta que me parecía tan enorme como el Paraíso Terrenal.

Esa huerta era el mundo del Viejo Pinotto. Habrá cuidado de árboles y frutos como antes, pienso, de caballos y carros, y se encargaría de la enorme pajarera de mi abuelo con pájaros exóticos, un berretín de hombre rico, y que un día, no obstante los desvelos del Viejo, los pájaros volaron para siempre porque mi padre dejó la puerta abierta.

Ignoro el enojo de mi abuelo aunque no debe haber sido fácil enfrentarlo, pero el cuento siempre terminaba en risas por la travesura del hijo preferido antes que por los pájaros perdidos o el correr desesperado del Viejo tras ellos.

Las pocas veces que mi padre hablaba del tiempo de su infancia, el gringo ya era un hombre grande. Como era costumbre en las zonas rurales, los peones que habían trabajado sin jubilación ni obras sociales, se refugiaban en su vejez en las casas de sus patrones, cuando ellos se lo permitían. Por su edad, Pinotto encontró un pequeño cuarto, comida y algo parecido a un trabajo digno por aquellos días.

Lo imagino alto como los árboles de Pedroni, esos en donde siempre habla el viento. Algo vencido y rezongón. Es probable que haya elegido callar sobre la tierra ausente y sobre la lengua que era la patria de su infancia. Lo pienso con bigotes, a lo Gorki, algo amarillentos por el tabaco mascado. Siempre he sentido que los hombres con bigotes tienen cara de buenos.

Ni siquiera sé cómo murió y dónde lo enterraron. Hoy ya su tumba debe haber desaparecido y sus huesos esparcidos quién sabe dónde.

Un hombre arrojado a estas tierras como millones de hombres devorados por un destino escrito por otros.

Busco nombres, rostros, detalles, pero no queda nadie que pueda dar cuenta de lo que busco. En verdad, ¿qué busco? ¿La historia de un hombre que pasó como muchos sin dejar recuerdos, o mi propia historia que me quiero contar? No quedan testigos y si quedaran seguramente se habrían olvidado de la pobre vida de alguien sin importancia. Será que bucear en los laberintos de la memoria buscando a alguien que nunca encontré y jamás habré de encontrar, es una forma de armar retazos de momentos de mi propia vida que cada vez más se desdibujan y se pierden?